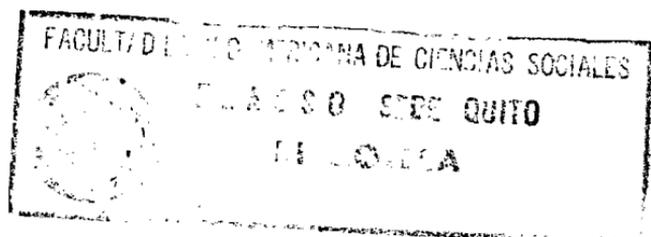


AMERICA LATINA: etnodesarrollo y etnocidio

Guillermo Bonfil — Mario Ibarra
Stefano Varese — Domingos Verissimo
Julio Tumiri — Et Al

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
FLACSO

colección 25 aniversario
San José, Costa Rica, 1982

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

305.8

A512a

América Latina: Etnodesarrollo y etnocidio / Guillermo Bonfil (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982.
320p. : (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-02-0

1. Etnología - América Latina. 2. Indios - Cultura. 3. Indios - Lengua. 4. Ciencias Sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
Introducción: Los Derechos de los pueblos JACQUES BOISSON	13
Declaración de San José sobre Etnodesarrollo y Etnocidio en América Latina	21
Resoluciones y Recomendaciones de la Reunión sobre Etnodesarrollo y Etnocidio en América Latina	29
Políticas Indigenistas y Reivindicaciones Indias en América Latina 1940-1980 MARIE CHANTAL BARRE	39
Organismos Internacionales: Instrumentos Internacionales Relativos a las Poblaciones Indígenas MARIO IBARRA	83
El Etnodesarrollo: Sus Premisas Jurídicas, Políticas y de Organización GUILLERMO BONFIL BATALLA	131
Límites y Posibilidades del Desarrollo de las Etnias Indias en el Marco del Estado Nacional STEFANO VARESE	147

Indoamérica y Educación: ¿Etnocidio o Etnodesarrollo? SALOMON NAHMAD	161
La Fragmentación Lingüística: Prolongación de la Fragmentación Colonial NEMESIO RODRÍGUEZ	185
Los Problemas del Etnodesarrollo de una Población India en América del Sur: El Caso de los Cuivas en Venezuela FRANÇOISE FONVAL	207
El Conflicto Etnia-Nación en Nicaragua. Un Acercamiento Teórico a la Problemática de las Minorías Étnicas de la Costa Atlántica MANUEL ORTEGA HEGG	229
El Caso de los Bribris, Indígenas Talamanqueños. Costa Rica. GUIDO BARRIENTOS - CARLOS BORGE - PATRICIA GUDIÑO - CARLOS SOTO - GUILLERMO RODRÍGUEZ - ALEJANDRO SWABY	249
El Etnodesarrollo y la Problemática Cultural en México LEONEL DURÁN	257
El Etnodesarrollo y los Problemas de la Información en las Comunidades Indígenas del Cauca. EDGAR LONDOÑO	281
Las Asociaciones Indígenas, El etnocidio y el Etnodesarrollo DONALD ROJAS - BERNARDO JAEN - JULIO TUMIRI - JOSE CARLOS MORALES - DOMINGOS VERISSIMO MARCOS	305
Discursos de Clausura JOSÉ ALBERTO LÓPEZ - JACQUES BOISSON - JULIO TUMIRI	311

EL CONFLICTO
ETNIA-NACION EN
NICARAGUA.
UN ACERCAMIENTO
TEORICO A LA
PROBLEMATICA DE LAS
MINORIAS ETNICAS
DE LA COSTA ATLANTICA

Manuel Ortega Hegg

INTRODUCCION

El objetivo del presente trabajo es poner a discusión el problema de cómo abordar teóricamente la realidad de las minorías étnicas en nuestro país. No es necesario justificar la importancia de este tema en la Nicaragua Revolucionaria y Sandinista, pero sí quizá señalar que no es un tema ocioso: él esconde en última instancia los dos conceptos de la lucha política ideológica presente en nuestra actual coyuntura: el campo de la Revolución y el campo de los enemigos de la revolución. Igualmente nuestra revolución tiene una enorme responsabilidad ante los grupos étnicos y minorías oprimidas de América Latina, lo que obliga a buscar soluciones de vanguardia a esta problemática. Los científicos sociales sandinistas nicaragüenses compartimos esa responsabilidad. Responsabilidad que se magnifica ante el hecho no casual de la ausencia de una tradición antropológica anterior en nuestro país, que de forma sistemática y rigurosa nos permitiera comprender la problemática de nuestras minorías. Aquí nuestra inexperiencia es casi total.

Por ello, nuestra ponencia pretende incursionar de forma analítica y breve sobre los aportes más significativos en este campo de la ciencia social para inquietar a los compañeros científicos sociales sobre el tema y, a partir de una búsqueda científica y crítica de esa experiencia acumulada a nivel mundial, abordar con creatividad nuestra propia problemática.

Esta ponencia es parte de un programa más vasto de investigaciones de la Dirección de Investigaciones del Ministerio de Cultura y se concibe, pues con dos propósitos:

- a) Presentar una visión crítica sobre la experiencia acumulada en el tratamiento de la cuestión étnica;

- b) Adelantar de forma hipotética y en un primer acercamiento el uso de este instrumental teórico como punto de partida a nuestra problemática.

Nuestra pretensión es aportar lo que está de nuestra parte a la liberación y emancipación nacional, sólo posible con la Revolución Popular Sandinista.

I. ALGUNOS SUPUESTOS TEORICOS DE LAS POLITICAS INDIGENISTAS

1. EL COLONIALISMO MODERNO

Antecedentes

Durante la expansión mercantil capitalista de Europa, y merced a un error geográfico, los pobladores aborígenes de América fueron sellados por lo que se ha dado en llamar la "marca del Plural". 1/ Todos, sin distinción racial, lingüística o cultural, fueron convertidos en indios, en indígenas. Para el colonialista utilitario, el elemento diferencial fue generalizado, sin distinción precisa, de tal manera que los recién bautizados indios, en la creencia original de que se había llegado a las Indias Orientales eran "lo otro," lo diferente a lo europeo, lo atrasado, etc.

Ahora bien, el desprecio subyacente del colonizador tenía un límite, dictado o establecido por su necesidad de utilizar a la población nativa para fines de su mejor y más óptima explotación. Fue en las islas caribeñas en Cuba sobre todo, en donde los colonialistas españoles aprendieron la primera lección: No se podía exterminar, si se quería realizar una verdadera conquista, a la población nativa, sino que había que proceder a su control y a su reestructuración total y a través de esa misma población se llevaría a cabo el saqueo de la región. La empresa colonial, después de la conquista militar, es acompañada, complemento básico, por las formas de control religiosas que disfrazaba de humanitarismo la esclavitud y la degradación cultural de las entidades étnicas de América.

En efecto, los distintos grupos étnicos que conformaron un momento amplio de variantes culturales y lingüísticas fueron sometidos a un proceso en donde, como dice el antropólogo mexicano, Guillermo Bonfil, la "gran diversidad interna queda anulada desde el momento mismo en que se indica el proceso de conquista: las poblaciones prehispánicas van a ver enmascarada su especificidad histó-

rica y se van a convertir, dentro del nuevo orden colonial, en un ser plural y uniforme : el indio, 'los indios'": 2/. Tanto es así que cuando los españoles se dan cuenta del error geográfico, cuando se confirma el descubrimiento de un nuevo continente, los indios simplemente siguen siendo los "naturales", lo no europeo. El mismo autor señala cómo en el continente se establece un sistema colonial basado en la bipolaridad, y en donde el europeo es el dominador, el indio el dominado; lo ultramarino es lo superior, lo "natural" es lo inferior. En fin, lo uno se erige como representante divino de la verdad frente al error y ante lo hereje.

El sistema colonial no sólo ocupó tierras, sino que estableció nuevas formas de organización social y laboral, enseñó nuevas labores a los indígenas con la finalidad de capacitar su fuerza de trabajo, impuso una nueva religión que apoyó el conformismo, de tal manera que en todos los órdenes de la vida se modificó, se moldeó, un sistema totalitario que hizo que las comunidades étnicas rompieran con su pasado y vieran sustancialmente disminuidas sus posibilidades de desarrollo autónomo, pues fueron desraizadas compulsivamente.

Son los sectores mestizos quienes juegan el papel de intermediarios, en sentido político y administrativo, pues conforman un estrato que, siempre controlado, tiene acceso a ciertas instancias laborales que para el indígena estaban vedadas.

Cuando en los países del continente se consolida el proyecto criollo de independencia, proceso social cuyo soporte principal fueran las masas indígenas, tanto San Martín en el Perú como Morelos en México proponen que se elimine la denominación de indios o indígenas para los pobladores autóctonos. Todos, por decreto, deben ser considerados "ciudadanos de América". Con toda su buena intención, la disposición de los libertadores representa una nueva versión de la "marca del plural".

Porque, a decir verdad, dentro del proyecto político de la burguesía criolla latinoamericana no se contempla la conservación del pluralismo cultural de nuestros países. Dentro del proceso libertario, de inspiración meramente liberal, burgués y modernista, los patrones de referencia seguían importándose de Europa. De tal manera que, para dicho proyecto, lo indígena era sinónimo de atrasado, del obstáculo del desarrollo del orden burgués. En este momento lo indígena se convierte en "el problema indio".

En la construcción de las naciones latinoamericanas, el problema indígena surge como un problema político. La dimensión estaba determinada, ahora sí, por la asimilación de los grupos étnicos a la "Unidad Nacional", al Estado nacional. En el fondo de la cuestión estaba una gran extensión de tierras explotadas —generación tras gene-

ración— por sectores indígenas; subyace el interés de liberar una gran cantidad de mano de obra y un potencial mercado interno que sería sujeto por las formas tradicionales de autoconsumo que se daba en comunidades más o menos cerradas. Se pensó que, según los condicionamientos biológicos europeos, una nación moderna requería de una sola lengua nacional, de la homogeneidad cultural y, desde luego, del centralismo gubernamental que garantizara una sólida administración nacional. La concepción del estado-nación burgués se niega a desaparecer durante el siglo XIX y no se identifica con los sectores indígenas. El indio sigue siendo indio; representa un problema al cual urge encontrarle solución. La experiencia nos dice que los experimentos por asimilar al indígena no siempre, casi nunca, dieron resultados esperados. Consecuencia obligada de los mecanismos burgueses que, de manera ficticia, identificaron al estado con la nación, procedimiento tras el cual se parapetan los sectores económicamente dominantes. En el intento de hacer coincidir ciudadanía y nacionalidad, se prolonga la historia del sometimiento y la degradación cultural, pues no bastaba el mero voluntarismo para borrar todos los condicionamientos étnicos-culturales.

Con todo, a lo que queremos llegar después de este breve repaso histórico, es al momento en que, profesionalmente, se empiezan a diseñar políticas de incorporación que pretenden acabar, se dice, con la situación marginal de los grupos étnicos respecto al proceso de desarrollo del sistema capitalista agroexportador. Esto, como veremos más adelante, no es del todo cierto.

En los últimos años se hicieron múltiples estudios tendientes a definir o a establecer quiénes podían ser catalogados como indígenas. El interés fundamental respondía a la necesidad de ubicar los elementos diferenciales específicos de sectores sociales aún no homogeneizados, pero que fueron vistos como factores obstruyentes a la consolidación capitalista moderna. Poco a poco se desecharon los criterios biológicos, los lingüísticos, culturales y hasta los psicológicos.

La finalidad última consistía en establecer mecanismos que en el lenguaje de los antropólogos norteamericanos de la escuela culturalista, permitieran la “aculturación” del indio.

Sustentado en un disfrazado evolucionismo unilineal decimonónico, el culturalismo norteamericano proponía que a las entidades étnicas se les podían ahorrar algunos peldaños evolutivos por los que las sociedades occidentales ya habían transmitido, de tal manera que se les sometiera a un proceso de aceleración histórica que, a corto plazo, los nivelara con nuestros sistemas de “civilización”. Metafóricamente, los indígenas serían inyectados de cultura occidental, con nuevos avances técnicos, de tal forma que se modificara lo que se considerara como su intrínseca actitud propensa a lo tradicional, a lo atrasado.

En poco tiempo se demostró que tales principios, de corte neo-colonialista, estaban condenados al fracaso.

La teoría del colonialismo interno.

En la búsqueda de nuevas alternativas, más originales y progresistas, surge una concepción que se pone de moda y causa una gran polémica en todo Latinoamérica: la teoría del colonialismo interno. Se apoyaba en el criterio de que nuestras sociedades latinoamericanas mantenían herencia de trescientos años de colonización, una estructura dual en donde coexistían dos modos de producción, uno de los cuales era atrasado, tradicional, resistente al cambio etc; y otro moderno, dinámico, cien por ciento capitalista, que sometía y determinaba al primero. En esta dualidad, obviamente el indígena se inscribe, condicionándolo, en el polo atrasado.

Los principales artífices de esta concepción, los científicos mexicanos Pablo González Casanova, Gonzalo Aguirre Beltrán y Rodolfo Stavenhagen (éste último se retracta tiempo después en sus famosas "7 tesis equivocadas sobre América Latina"), argumentan que para impulsar el desarrollo de nuestros países, es necesario implementar programas de asistencia que disloquen las bases de este sistema dual, de tal manera que se suprimen las áreas atrasadas que determinaban formas de dependencia que se denominó como colonialismo interno. Se pensaba que las áreas "periféricas" al interior de nuestros países, favorecían el subdesarrollo, y el lento desenvolvimiento de las áreas más dinámicas de la economía. Fue esta corriente la que inspiró buena parte de la política indigenista en varios países de América Latina, sin comprender, como se demostraría más tarde, que el mantenimiento de áreas "marginales" era un fenómeno consustancial en los países del capitalismo dependiente. Quizá el mayor mérito de esta corriente fueron sus estudios que, más que analíticos, se destacaron por su brillantez descriptiva y por sus señalamientos respecto al tipo de explotación *sui generis* en que se mantenían las comunidades indígenas. En efecto, las teorías del dualismo mostraron cómo los elementos culturales diferenciales de los grupos étnicos favorecían formas mucho más virulentas de explotación (super-explotación), comparado con el ritmo laboral de los obreros industriales concentrados en las ciudades.

Es necesario, por elemental justicia intelectual, mencionar los antecedentes originales de esta concepción que se remonta a los trabajos del brillante intelectual peruano J. Carlos Mariátegui, quien en sus "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", estableció los primeros elementos analíticos de la concepción dualista, indican-

do que, en la medida que se mantuvieran los sectores tradicionales de nuestras sociedades, se retardaba el proceso de conformación del proletariado industrial, mismo que, históricamente debería conducir la moderna revolución social latinoamericana. Para Mariátegui la diferencia (y en ello conserva elementos de liberalismo pequeño-burgués) entre países desarrollados y países atrasados radica en el carácter distinto de sus respectivas burguesías: protestante y liberal, emprendedora en los primeros; católica y conservadora en los segundos. Así el tratamiento sobre la cuestión indígena que unos y otros hicieron en sus respectivos países consolidó o impidió el desarrollo de la libre empresa.

El teórico peruano, sin embargo, conserva su esperanza respecto a que las comunidades indígenas podían facilitar el tránsito a una sociedad basada en la fraternidad socialista, nacionalista, progresista.

Las respuestas etnicistas

Aunque en los círculos universitarios dedicados a la investigación social habían surgido alternativas que propugnaban por la conservación, sin explotación, de las sociedades indígenas tradicionales y (opiniones que desde el momento en que surgieron fueron calificadas de románticas, de populistas, utópicas y demás calificativos por el estilo), no fue sino cuando las distintas organizaciones indias de diferentes países se unieron y comenzaron a lanzar sus propios puntos de vista, que se consolida una corriente que en los círculos políticos ha sido calificada de etnicista. En esencia, el etnicismo propone, en respuesta simétrica a la política neocolonialista, la diferenciación a ultranza respecto a la llamada sociedad "occidental".

El mejor argumento de los movimientos etnicistas o indianistas radica en su oposición o negación de la cultura "externa" que les fue impuesta desde la conquista militar europea, misma que, sin embargo, no es asumida sino como una invasión que degradó sus valores y su civilización india. El hecho real de su continuidad histórica es —se dice— la prueba palpable de su resistencia, activa o pasiva, pero resistencia al fin.

Los movimientos etnicistas apelan a su autenticidad, de tal forma que difícilmente conciben la conservación de sus características originales incorporándose a cualesquiera de los polos de las contradicciones sociales que se dan al interior de nuestras sociedades nacionales. Tal parece que sus alternativas históricas, sus proyectos étnicos, no coinciden con los movimientos de liberación nacional en cuyos programas la problemática indígena es incorporada de manera secundaria, sin darle el peso específico necesario a las reivindicaciones en

pro de una "civilización indígena". Civilización se dice, que trasciende las diversidades culturales (entre una etnia y otra) y solo establece que el elemento diferencial radica en no ser occidental. Para consolidar esta alternativa, su alternativa, el movimiento etnicista se propone rehacer la historia; valorizar su pasado de resistencia y su tradición cultural; negar, con todos los argumentos posibles la superioridad de la cultura occidental; anteponer su sociedad como sociedad en armonía con la naturaleza, frente a una sociedad de origen europeo, híbrida y fundada en la violencia irracional y en la conquista.

Con el respeto que esta concepción merece, nos atrevemos a señalar, no sin antes reconocer nuestro atrevimiento bien intencionado como creyente optimista en la inteligencia humana, que los procesos de liberación nacional vanguardizados por los sectores más lúcidos y preclaros del proletariado, ofrecen alternativas de alta calidad constructiva, en la medida en que luchan por suprimir cualesquiera formas de explotación del hombre por el hombre, sin menoscabo de las diferencias étnicas y culturales.

Las posiciones de inspiración marxista, sin embargo, en el terreno de la lucha política no han estado exentas de desviaciones esquemáticas que chocan con los verdaderos intereses de los distintos grupos étnicos.

Economicismo Marxiano

Entre las principales desviaciones de las corrientes de pretendida filiación marxista está su estrechismo economicista. Esta concepción, como dice López y Rivas forma parte de una "corriente teórica que invoca al Marxismo como su marco de referencia, pero que de alguna manera pretende interpretar la problemática indígena dando un énfasis desmedido a fenómenos como la proletarianización y la tendencia del capitalismo a la destrucción de los grupos étnicos subordinados. Este reduccionismo economicista subestima la capacidad de las minorías étnicas para resistir la tendencia homogenizadora del sistema y sobreenfatiza el factor de clase, sin dar importancia, en el terreno de la lucha política, a los aspectos de la opresión étnica ni a las especificidades de la explotación minoritaria. Esta corriente identifica lo 'indígena' con formas precapitalistas de producción, de consumo y organización social, sin comprender que lo étnico, como forma dinámica de organización de contenidos socio-económicos y culturales puede subsistir en el contexto de relaciones capitalistas: el carácter proletario o semiproletario de la mayoría de un grupo étnico, no significa mecánicamente la pérdida de su etnicidad, ni la no preservación de la misma a través de las transformaciones o de las adaptaciones necesarias". 3/.

II. UNA SUGERENCIA DE MARCO TEORICO

1.— Una vez criticados los conceptos teóricos que albergan las políticas hacia las minorías principalmente en el campo capitalista, a saber: el relativismo cultural: marginación, aculturación, integración a la cultura nacional, colonialismo interno; y a sus críticas que vienen desde una lectura economicista del marxismo así como desde el etnicismo, intentaremos abordar la cuestión de las minorías a partir de las experiencias teóricas y prácticas diferentes, tanto del campo socialista como del llamado Tercer Mundo. Este marco teórico nos servirá como guía general para sugerir una política de investigación para la Costa Atlántica dentro del proceso revolucionario actual.

2.— Estamos hoy ante un proceso de liberación nacional. Nuestro pueblo armado comandado por el FSLN se sacude del yugo imperialista, neocolonial y de la burguesía vendepatria. En esta particular situación, la relación entre la lucha de liberación nacional, la lucha de clases y la ubicación de las minorías étnicas, adquiere una fisonomía singular. Los intentos revanchistas de la burguesía vendepatria aunados con los intereses del imperialismo podrían utilizar cualquier medio a su alcance para generar fisuras dentro de la unidad del pueblo, incluyendo las minorías étnicas. Es precisamente por este peligro que la unidad de todos los sectores explotados y oprimidos se hace absolutamente necesaria. Dentro de este marco se desarrolla el espíritu de nuestra investigación.

Dentro de la configuración particular creada por el imperialismo en nuestro país, asignando distintas tareas a diferentes regiones, según los requerimientos del mercado mundial, tenemos por primera vez un proceso de liberación nacional en América Latina que enfrenta la cuestión de las minorías étnicas. Como un aporte a este reto intentaremos establecer con claridad lo que tiene en común y lo que tiene de diferente el Estado y la nación, su conformación de clase y la formación de las minorías étnicas.

Podríamos comenzar haciendo una constatación: el número de Estados en el mundo entero es mucho menor que el de las naciones o pueblos, y más del 90% de los pueblos forman parte de Estados multinacionales o bien multitribales o multiétnicos. Para abordar la ubicación de las minorías en un Estado como el nuestro, emplearemos dos vertientes de un mismo método. Uno que analiza cómo se conformaron las minorías desde el punto de vista histórico y otra que ubica a las etnias desde su situación lógico-estructural. Sólo mediante este método podremos definir cuál es la relación exacta entre la existencia de minorías de origen étnico, la organización de clases sociales y la organización de un Estado de liberación nacional.

La ubicación exacta de esta problemática no sólo contiene un interés teórico metodológico, sino que se relaciona con una praxis ya definida por el estado revolucionario. No pretendemos dar respuesta definitiva. Nuestro afán busca presentar algunos elementos que contribuyan a la discusión de la cuestión étnica.

3.— *ETNIAS, NACIONALIDADES Y ESTADO*

En la discusión y en las diferentes prácticas que se han realizado desde diferentes campos teórico-políticos, lo que queda claro es que no existe hoy en día una minoría que no esté vinculada a un estado. Es posible que haya estados que no reconozcan su existencia y que lleven a cabo políticas etnocidas o hasta genocidas. Sólo los Estados controlados por las clases populares se han preocupado por realizar una política justa hacia las minorías. La praxis transformadora de las clases populares en el poder ha llevado a diferenciar entre naciones, comunidades étnicas y Estados. Lo que define a las naciones es la comunidad cohesionada generalmente en un territorio, unificada y conformada en mercados locales y regionales. Estos mercados regionales son organizados a su vez, por el mercado mundial dentro de la división internacional del Trabajo. O sea, para la conformación de una nación es absolutamente imprescindible la comunidad económica en el interior y frente al exterior. Dentro del proceso de intercambio y de difusión de mercados, las lenguas se han unificado, desapareciendo a veces algunas formas dialectales de las mismas o destruyendo otras. Dentro de una misma nación, con su comunidad territorial, lingüística y económica, puede haber clases antagónicas. Es más, la fisonomía específica de una nación frecuentemente se construye alrededor de la articulación económica con el mercado mundial y según la forma en que se desarrolla la hegemonía de la clase dominante. La presencia de la lucha de clases va permeando y relacionándose con la lucha nacional. Esta presencia de la lucha de clases antagónicas no incluye de modo alguno el carácter de la nación como comunidad estable. La comunidad nacional no desaparece por profundas que sean las contradicciones de clase. La lengua es uno de los aglutinadores de la cultura y portadora de la interpretación del mundo, según los intereses hegemónicos o los intereses de las clases subalternas. Pero además existen de alguna manera rasgos psíquico-sociales comunes, a pesar de que la clase dominante puede tener nociones, costumbres y principios morales radicalmente diferentes. Dentro del proceso de hegemonía de clase, la burguesía intentará retomar, reubicar y refuncionalizar los elementos de clase subalterna para enfrentar su propio proceso de desarraigo cultural, que genera el Mercado y la cultura imperialista. Esta enaje-

nación de la cultura del pueblo es parte de la formación de la cultura de una nación ligada al capitalismo. Sin embargo todos estos elementos no implican que la nación sea idéntica al estado que la cubre. Pueden existir bajo un solo estado múltiples naciones, o dentro de una nación, transitoriamente, varios estados. A pesar de ello la tendencia de las clases dominantes es convertir y hacer compatible una nación con un estado propio, que le garantice un solo comando jurídico-político y cultural del mercado interno.

Las minorías nacionales son entonces amplios grupos humanos que tienen una comunidad económica, de idioma, de organización, de la cultura y territorial. Adquieren el status de minoría oprimida en la medida en que la sociedad mayor y el estado que las cubre no las reconozcan como tales. En este caso las oprime, destruye sus lenguas, las discrimina en sus creencias religiosas y hasta puede llegar a políticas genocidas.

La lucha política de estas minorías es frecuentemente manipulada por las clases dominantes, levantando la bandera del separatismo, pretendiendo con ello escindir a las clases dominadas de la nación opresora de las clases dominadas de la sociedad oprimida. Sin embargo, en la configuración actual del capitalismo, puede suceder que nacionalidades enteras se estén relegando al campo de las clases oprimidas. Más aún, dentro de los grandes movimientos poblacionales, generados por el propio desarrollo desigual del capitalismo, hay minorías que no tienen territorios comunes y que son brutalmente explotadas, no solo en tanto que son trabajadores a secas, sino trabajadores pertenecientes a estas minorías.

Una vez deslindada la relación que existe entre las clases sociales, Estado y nación (es) habría que preguntarse cuál sería la diferencia entre ETNIA Y NACION.

Históricamente, los grupos étnicos o etnias, en el largo período de las formaciones precapitalistas y preclasistas se organizaban fundamentalmente bajo un eje rector: las relaciones tribales se establecen alrededor del parentesco y la división del trabajo por sexos y por edades. Hay pues una estrecha relación entre la organización socioeconómica y la estructura de parentesco. Sin embargo, la sociedad de clases precapitalistas primero, y después, la colonial e imperialista va reubicando y refuncionalizando estas relaciones. Así, las etnias dejan de ser configuraciones socioeconómicas que tienen como eje central las estructuras de parentesco. A pesar de esta tendencia histórica, también es cierto que en las áreas coloniales y neocoloniales, bajo el mando del imperialismo, las relaciones de parentesco juegan un papel importante en la medida en que el mercado y la forma de subsunción del trabajo al capital no destruyan las relaciones antecedentes sino

que las refuncionalicen. En los países africanos, y a veces en los nuestros, se puede observar esta tendencia. Lo que va definiendo a estos grupos, no es solamente su carácter de trabajadores al servicio directo o indirecto del capital, o que presenten rasgos tribales, sino precisamente su combinación y su reutilización. Cuando sucede esto, ¿tenemos ante nosotros una nacionalidad? La respuesta sería que es el mercado y las relaciones capitalistas los que han dejado trunca la posibilidad de que estas minorías se conviertan en una nacionalidad. Solamente cuando la economía y los estados modernos reagrupan estas minorías en entidades mayores forjando agrupaciones sociales complejas y diferentes, cuando ya no les une el lazo de parentesco como organizador primordial y cuando han creado instituciones mayores, podemos hablar de nacionalidades. La formación de las nacionalidades es, pues, en muchos casos, un proceso de descomposición y recomposición diferentes de rasgos étnicos. 4/ Por otro lado, podemos definir como minorías étnicas aquellas poblaciones que tienen una cultura, un idioma, a veces territorio y economía en común, pero que a diferencia de las nacionalidades no forman configuraciones sociopolíticas mayores. Además tienen el carácter de pertenecer mayoritariamente a las clases explotadas, generalmente de origen agrario. La fragmentación de las minorías de origen étnico forma parte de la lógica del capital. Su idioma es generalmente destruido o sufre procesos de empobrecimiento. La cultura generalmente ligada a la actividad agraria, se convierte frecuentemente en la referencia unificadora de resistencia particular de la clase subalterna. Cuando domina la forma campesina de producción la fragmentación sociopolítica es mayor. En muchas ocasiones, son las instituciones exteriores o el propio caciquismo (estructura mediadora entre la etnia y el Estado) quienes organizan estas etnias y median con él.

Así, es frecuente que las iglesias especialmente las protestantes, se ubican dentro del proceso de destrucción y descomposición de estas minorías, respondiendo, desde el punto de vista exterior, a la crisis ético-social que genera el capital en estas regiones. No quisiéramos concluir con este breve marco teórico sin referirnos de manera general a la cuestión del problema de la soberanía nacional y a la atomización regional que nuestros países sufren dentro del desarrollo del capitalismo. Algunas de estas etnias se convierten en fuerza de trabajo de las plantaciones, otras desaparecen o refuncionalizan manteniendo un carácter tanto campesino como proletario, otras se dividen, inclusive según la división étnica del trabajo. La misma proletarianización, fenómenos de pauperización no proletaria, recampesinización, destrucción y recreación de un artesanado, no son sino producto de procesos internos dentro de una nación o naciones según la cístole o diástole de los requerimientos del mercado mundial y sus crisis cíclicas.

Este fenómeno no sólo sucede con las clases subalternas sino también con la formación de las burguesías dependientes o remedos de ellas. La burguesía se organiza según los intereses contradictorios de un mercado interno y los requerimientos del mercado exterior. La lucha fraccionaria por el control del aparato de estado refleja frecuentemente estas contradicciones. Por otro lado, cuando hay una economía de enclave o de plantaciones, se sustituyen sectores de lo que pudiese conformar una burguesía local por administradores de las compañías monopolistas. Estas compañías controlan regiones enteras, fragmentando el carácter de la nación y la construcción de un proyecto político nacional.

En este orden de cosas, la soberanía nacional no se cumple. La economía de enclave a veces organizada por las propias compañías monopolísticas constituye estados dentro del Estado. Con frecuencia estas compañías tienen sus propios sistemas financieros de comunicaciones y de coerción. Así, pues, la soberanía en los países dependientes en especial con economía de enclave y de plantaciones, no puede garantizarse por la burguesía, y el ejemplo nicaragüense nos enseña que sólo el pueblo en armas (bajo el comando de Sandino y del FSLN) pueden realizar esta tarea burguesa rezagada. La cuestión de la soberanía se vuelve especialmente crítica cuando la no integración del mercado interno estructura las clases sociales por regiones. O sea, el carácter no unificador de la economía de plantación y de enclave hace que la soberanía sea lesionada constantemente por los países imperialistas o sus compañías.

4.— En un proceso de liberación y de recuperación, por primera vez, de la soberanía nacional ¿cuál es la ubicación de las minorías oprimidas y explotadas cuyo proceso de convertirse en nación se ha quedado trunco? Lo que se destaca primero es la liberación del yugo imperialista y de sus intenciones de fomentar la contrarrevolución. En este sentido es esencial, en la recuperación de la soberanía nacional, la unidad de intereses. Esto significa que el desarrollo cabal de las minorías no puede concebirse aisladamente de los procesos generales del país. Solamente un Estado de liberación nacional puede garantizar que la soberanía conquistada no sea lesionada. Bajo este Estado se puede desarrollar la integración nacional del mercado bajo las formas de desarrollo iguales. El libre desarrollo no significa para las minorías étnicas que regresen a un pasado o se mantengan tal como el imperialismo las forjó. El hilo conductor de su desarrollo es la emancipación como clase explotada y como minoría oprimida. Por eso la integración no significa asimilación, sino creación de condiciones materiales que les permita

mantener y desarrollar su especificidad, dentro del proceso de transformación revolucionaria de las condiciones económicas-políticas y culturales.

El capital, en su división internacional del trabajo, ha castrado y a veces liquidado pueblos enteros, no permitiéndoles la consolidación como naciones dentro de un mismo estado. Solamente la formación de un Estado que recupere la soberanía nacional bajo el mando del bloque de las clases explotadas, en alianza con algunos sectores de la burguesía que no están aliados con el imperialismo, pueden emprender la tarea de fomentar la ayuda mutua, protección y relaciones igualitarias como única garantía de que las minorías dejen de ser oprimidas y florezcan en toda su especificidad. Aquí se crea por primera vez la condición que de los intereses de las minorías sean atendidos por los intereses de clases explotadas. Ante la atomización etnocida del capital imperialista, los grupos minoritarios se convierten en trabajadores que superan, en la práctica, antiguas contradicciones entre las etnias con el resto de la nación. La base de su emancipación es el desarrollo igual que se implementa con la planificación o unificación de los recursos naturales y humanos. Es por ello que los recursos naturales son patrimonio de todo el pueblo nicaragüense. ¿Desaparecerán en este proceso los rasgos étnicos y/o nacionales específicos? No, al contrario, sólo la política de igualdad de condiciones, de reconocimiento y ubicación de las minorías y de la emancipación conjunta con las demás clases subalternas, garantiza el florecimiento de la cultura, del idioma, de la especificidad propia de cada minoría. Solamente su participación en la gestión política y económica en un plano de igualdad puede permitir este proceso. Pero también es absolutamente necesario que la población de estas minorías tenga igualdad de oportunidades en cuanto a trabajo, educación y comunicación con cualquier parte del país. Por ello es necesario que exista una lengua unificadora, que en Nicaragua es el español, sin menoscabo de los idiomas locales. Bajo esta perspectiva el Estado actual se puede definir como un estado nacional multiétnico, que en un futuro podría ser un estado Multinacional Unitario sobre la base de la igualdad y el respeto mutuo de las "naciones" que en él se albergan.

III. NOTAS SOBRE LA EXPLOTACION Y OPRESION ETNICAS EN LA COSTA ATLANTICA

En este apartado de nuestra ponencia no pretendemos aportar resultados de una investigación ya realizada; nuestro interés es señalar

a manera de ejemplos, algunos elementos importantes que se desprenden a manera de hipótesis, de un primer acercamiento a la problemática de la Costa Atlántica.

Empezaríamos señalando al menos dos singularidades de la cuestión étnica nicaragüense, que parecen no tener antecedentes en el contexto de la problemática minoritaria del capitalismo del subdesarrollo. En primer lugar, un análisis de carácter histórico nos revela la forma particular en que se ligó e integró esta región a la sociedad nacional de clases y al sistema mundial del colonialismo y del imperialismo. Los grupos de la Costa Atlántica a diferencia de la mayoría de los grupos indígenas de América Latina, no son integrados al capitalismo a través de la conquista militar directa, ni forzados a cristianizarse por medio del violento proceso de conversión que caracterizó a la colonización española. La intervención inglesa nos recuerda los antecedentes del INDIRECT RULE (la administración indirecta) utilizada posteriormente por los europeos en otras regiones coloniales del planeta.

El equilibrio de fuerzas provocado por el conflicto permanente entre los poderes coloniales por la posesión en América permitió una autonomía relativa de las etnias de la zona y la inserción de las mismas a la dinámica del capitalismo a través del colonialismo británico y posteriormente, del imperialismo norteamericano. De esta manera asistimos a un proceso verdaderamente único en la historia de las minorías étnicas de nuestra América, un proceso integrador, en lo económico y en lo cultural, por el que un grupo indígena realiza el proceso de control y dominio de la región y en donde ese mismo grupo es también pacíficamente controlado y dominado por los ingleses. Nos referimos al grupo miskito.

Esta forma peculiar de dominio colonial adoptó un modelo económico cuyo eje se ubicó en la explotación de una fuerza de trabajo permanente, creada totalmente por el colonizador inglés (y refuncionalizada posteriormente por el imperialismo norteamericano): el grupo creole (los negros). Grupo compuesto fundamentalmente por esclavos, obligados a adoptar la lengua del amo, coaccionados a una disciplina laboral "moderna" y no ligados a medios de producción, todo lo cual facilitó su papel, primero de garantía del proceso de trabajo de las plantaciones y luego de intermediarios de la economía que con características de enclave se desarrolló en el Atlántico.

Este modelo económico permitió que los grupos étnicos que en ese período no eran necesarios a la reproducción del capital, o mantuvieron intactas sus bases materiales (el acceso a la tierra y a la pesca) o fueran impelidos a desplazarse a regiones que presentaban notorias desventajas en cuanto a su aprovechamiento económico. Este proceso significó la desaparición de unos 7 u 8 grupos étnicos entre 1502 y 1950.

La penetración imperialista norteamericana de fines del siglo XIX y el XX, refuncionalizó este modelo introduciendo con mayor claridad una división *étnica del trabajo* en donde los negros y "españoles" ocupaban los puestos técnicos intermedios y los miembros de las etnias los puestos de trabajo más rudos, difíciles, peligrosos y peor remunerados. La articulación al mercado mundial imperialista implicó una proletarianización selectiva más profunda en las comunidades indígenas y el aprovechamiento de sus características étnicas para recrudescer la explotación. Ello se combinó con la evangelización sistemática (1849), la segregación en la ocupación de los espacios residenciales y la opresión étnica consecuente. El retiro de las compañías extranjeras por la década del cincuenta, significó el repliegue a actividades de subsistencia y a una especie de regresión que se manifestó en todos los ámbitos de su realidad.

Estos rápidos antecedentes nos permiten destacar la segunda singularidad de la Costa Atlántica: la forma en que esta región se ubica en el proceso de la formación nacional de Nicaragua. La debilidad del capitalismo dependiente nicaragüense explica la incapacidad de las clases dominantes para unificar el territorio con base a una economía de mercado que uniera el país bajo la hegemonía de un poder estatal fuerte. Articulada al sistema mundial imperialista y reorganizada de acuerdo a las necesidades de acumulación del capitalismo mundial, la formación social nicaragüense acusó las consecuencias clásicas del desarrollo económico y político de forma desigual, propia del capitalismo.

Es estado oligárquico nicaragüense posterior a la independencia, con una base material terrateniente y ganadera, atravesado por las pugnas de las potencias, sólo vislumbrará el Atlántico como una región susceptible de recuperarse o negociarse con esas potencias para aprovechar sus recursos materiales y estratégicos. En estas condiciones, las concesiones de tierras a extranjeros adoptan las características propias de un estado débil, cuya soberanía era disputada y discutida por los detentadores de las concesiones y las formas políticas en que las potencias organizaban el territorio que explotaban. El juego de las potencias que tomaba como bandera la supuesta defensa de uno de los grupos étnicos, los miskitos, no era más que una forma de oponerse a ese poder y restringir su soberanía.

El primer y único proyecto nacional de la clase dominante nicaragüense tendrá su expresión política en el gobierno liberal de José Santos Zelaya. Surgido de la necesidad de crear un estado fuerte, que reorganizara la dominación interna bajo la hegemonía de la burguesía cafetalera naciente y en un período de ruptura de la correlación de fuerzas internacionales a favor del imperialismo norteameri-

cano, el estado liberal de Zelaya intentará imprimir a su gestión un contenido nacional amplio. La creación de un ejército profesional en el país dotado de armas modernas, la modernización de la administración estatal, la creación de una infraestructura adecuada a las necesidades del intercambio, la liberación de la fuerza de trabajo asalariado, los proyectos de unir con un ferrocarril al Atlántico con el Pacífico y, en suma, la delimitación de las fronteras de dominación del nuevo estado, que implicaba la creación de una conciencia nacionalista, son todos elementos del proyecto impulsado por la burguesía nicaragüense.

Aprovechando las contradicciones inglesas—norteamericanas, el Zelayismo se apoyará en estos últimos para conseguir la reincorporación total del territorio de la Costa Atlántica a Nicaragua. Pero ni aun así el nuevo estado consiguió establecer una auténtica soberanía nacional. La búsqueda del progreso del país implicaba abrir las puertas a la migración extranjera, que permitiera la inversión y la presencia de "gente civilizada" que enseñara a la naciente burguesía cómo profundizar el capitalismo en el país. La penetración norteamericana fue intensa. Según datos de CIERA, para la Costa Atlántica la política de concesiones de tierras significó dejar en manos extranjeras el 10.30% de la superficie del departamento de Zelaya.

Para la burguesía nicaragüense la Costa Atlántica no era más que un rico potencial para hacer negocios y su población una serie de grupos "salvajes e incivilizados", como dirá José Madriz, a quienes había que enseñar el camino de la civilización y el progreso que traían los civilizadores extranjeros. La integración de esos grupos se buscó a partir de la homogenización a nivel nacional. El estado liberal burgués confundió estado y nación, tomándolos como equivalentes, lo cual significaba, entre otras cosas, una sola lengua, una sola cultura en un solo mercado nacional. El prejuicio de la inferioridad étnica y la desvalorización de las culturas propias, proporcionó aún más la opresión hacia estos grupos. La segregación social y la desigualdad en que eran colocados, no hizo más que acentuar su sujeción a las clases dominantes locales, que empezaban a invadir la Costa Atlántica y al imperialismo, que reorganizaba la economía de enclave como pequeños Estados, donde la ley y la fuerza que imperaban no eran precisamente los del estado burgués. No hace falta decir que éste proceso se agudiza con la intervención militar directa norteamericana, posterior a la caída de Zelaya y el truncamiento de su proyecto nacionalista burgués.

La entrega del territorio al capital norteamericano y sus socios locales se lleva al extremo con el somocismo. En este período se profundiza una política de tipo neocolonial, que garantizaba la extrac-

ción de los recursos naturales y consolidaba la división étnica del trabajo, mientras se mantenía la "autonomía" relativa de la zona respecto al Pacífico intimándose las relaciones económicas, ideológicas y culturales directas con el imperialismo norteamericano. La división de los explotadores y oprimidos para atomizarlos y evitar que sumaran fuerzas, fue una política habitual del somocismo.

Por todo lo anterior, es evidente que ninguna de las clases o fracciones de clase dominantes locales que se repartieron el poder en la historia anterior al 19 de julio dieron una respuesta favorable a la igualdad social y económica y al fomento y florecimiento de las culturas propias de nuestras minorías indígenas. Tampoco la podía dar el imperialismo. Ni la dio. Tampoco la podrá dar una contrarrevolución que busca regresar a las viejas formas de explotación y opresión.

Sólo la Revolución Popular Sandinista ha dado pasos gigantes en ese sentido. La búsqueda de superar el desarrollo desigual de la región con el resto del país. Bajo el respeto y fomento de las particularidades étnico-culturales de los grupos indígenas, sólo es posible bajo un poder que se ha propuesto desterrar la explotación de una clase sobre la otra y, por lo tanto, destruir la opresión étnica, que es una de las formas de la opresión de clase. Derribar la dominación de la clase explotadora es condición para abolir el sistema de opresión, materializar la igualdad nacional y establecer nuevas relaciones.

Esa condición se está cumpliendo y ha comenzado con las enormes dificultades de una revolución auténtica, el proceso de liberación nacional de defensa de nuestra soberanía, de nuestra autodeterminación, de emancipación y florecimiento de nuestras comunidades indígenas, cuya supervivencia sigue demostrando que su capacidad de resistencia a la explotación y la dominación es garantía de la nueva sociedad sandinista que como un solo puño, sabremos unidos llevar hasta el final.

El futuro de la Costa Atlántica no es un regreso al pasado explotador; el futuro de la Costa Atlántica es el presente de la Revolución Popular Sandinista, que ha iniciado el principio del fin de la explotación y la opresión.

NOTAS

- (1) Bonfil Batalla, Guillermo. "El Concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial". *Anales de Antropología*, Vol. IX, México, 1972: p. III.
- (2) Idem.
- (3) Dr. Gilberto López y Rivas. *Las minorías étnicas en el sistema de clases del capitalismo mexicano. (Proyecto de Investigación)*. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa. México, 1980. (mimeo), pág. 4.
- (4) López y Rivas, Gilberto, Guerrero, Javier. *Las minorías étnicas como categoría política en la cuestión regional*. México 1980. Inédito. Pág. 20-21.